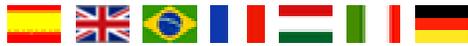


PSICOANÁLISIS Y POLÍTICA SOCIAL. (1922b).



Sándor Ferenczi

Algunos escritores, que no son adversarios de la ciencia, han juzgado oportuno asociar el psicoanálisis a determinada concepción política o a una particular idea del mundo (*Weltanschauung*). Por toda justificación de su proceder, se contentan con indicar el gran número de individuos que se dicen partidarios del psicoanálisis entre los miembros de las diferentes orientaciones políticas, y señalan las tendencias que conceden una cierta libertad de acción a esta rama de la psicología. En lo que concierne al primero de estos puntos, parece extraordinariamente difícil apoyarse sobre una prueba cualquiera, aunque la situación pueda parecer perfectamente clara. Pues de hecho la proporción de los partidarios del psicoanálisis es aproximadamente la misma en las diferentes tendencias políticas. Resulta fácil prever que una tendencia política sólo puede impedir el acceso a determinados hechos científicos por tiempo limitado: de ese modo, los datos astronómicos, tan severamente combatidos en otro tiempo, ya no están sometidos más que a la apreciación objetiva de los medios científicos. En el caso del psicoanálisis, existe también un factor puramente subjetivo que contribuye a asegurar su independencia respecto a la política. Esta rama de la psicología no es sólo una ciencia teórica, sino también una ciencia aplicada: se trata de un procedimiento terapéutico psíquico. Y como sabemos que ninguna posición política protege de la enfermedad, resulta que los adeptos de las diferentes tendencias recurren al psicoanalista cuando caen enfermos en proporción parecida.

Sin duda, tras las revoluciones desarrolladas en Alemania, en Austria o en Hungría, el psicoanálisis ha encontrado ocasión para extenderse, incluso en el plano oficial. Los mejor informados saben también que desde el Congreso de Psicoanálisis de Budapest, es decir, un poco antes del fin de la guerra, los responsables militares de Sanidad han manifestado su interés por introducir el psicoanálisis en el ejército y ha sido el fin de la guerra, es decir, la revolución, la que les ha impedido realizar el proyecto. Por lo demás, es cierto que las revoluciones favorecen por principio las orientaciones nuevas o descuidadas hasta entonces por el estamento oficial, y el psicoanálisis pertenece a esta categoría. Esta actitud origina a veces extrañas consecuencias. Me acuerdo, por ejemplo, de un grupo que pretendía defender una línea política bastante radical que, durante varios semestres, había propagado las ideas de Bergson con verdadero entusiasmo, por la única razón de que eran nuevas y “modernas”, sin percatarse de que la tesis fundamental de Bergson, ultraidealista, resueltamente espiritualista y mística, se hallaba en total contradicción con las tendencias del grupo.

En consecuencia, nada permite establecer una relación entre el contenido de una tendencia política y el contenido de una ciencia sobre la base del favor dispensado por los partidarios de una tendencia determinada, aunque sólo sea para seguir la moda, a una cierta disciplina científica. En lo que atañe más directamente al psicoanálisis, quienes conocen a fondo la literatura analítica, saben que esta rama de la psicología sólo ha aspirado a ofrecer verdades científicas; en todo caso nunca ha aceptado desviarse de la verdad, en un sentido o en otro, para complacer a cualquier tendencia política instalada en el poder. Lejos de asimilarse a tal o cual dogma político o filosófico, ha considerado del mismo modo las concepciones filosóficas y las tendencias políticas como expresiones de la psicología humana. Sobre todo ha rehusado ver en tal o cual partido, individualista o colectivista, el representante de la verdadera naturaleza humana, prefiriendo

aguardar que el futuro deslinde el desarrollo de una orientación “individualista-socialista” que tenga en cuenta las diferencias naturales entre los individuos, su aspiración a la independencia y a la dicha, al mismo tiempo que la necesidad de una organización que impone la vida en común, pero que es difícil de soportar.

Naturalmente, esta diferencia de concepción no ha impedido al psicoanálisis expresar sus tesis cada vez que ha tenido ocasión de ello. En el futuro tampoco desaprovechará las oportunidades que tenga para difundir sus verdades del modo más amplio posible, desde una cátedra si se le permite o a través de los escritos si se le cierran los demás caminos. Importa poco que aquí o allí sea relegado a la sombra provisionalmente, porque se interesa por los fenómenos humanos de alcance general, que son por otra parte objeto de investigación en el mundo entero.

Antaño se reprochaba a la filosofía el ser simplemente la “ancilla theologiae”, la sierva de la teología. La ciencia debe precaverse de entrar al servicio de la política. Pero la psicología debe velar con un celo especial para preservar su soberanía, porque nunca debe privarse de la posibilidad de emitir un juicio imparcial sobre todos los fenómenos físicos, comprendidos los movimientos políticos.

A pesar de este reproche, es posible que sean precisamente los datos proporcionados por el psicoanálisis los que consigan elaborar finalmente una concepción del universo. Ignoramos por el momento cuáles serán sus líneas directrices, y ello apenas nos interesa ahora, porque las cuestiones que nos preocupan son bastante más elementales, es decir, mucho más importantes. Sin embargo, podemos afirmar *a priori* que el psicoanálisis, disciplina que tiene en cuenta tanto los factores endógenos como los exógenos, nunca originará una orientación en la que las exigencias de la vida impulsiva, con fundamento histórico, no sean consideradas al mismo nivel que las exigencias del presente y del futuro, y que no será el portavoz de una adhesión ciega a las tradiciones ni de su destrucción a cualquier precio, es decir, de una política de “tabula rasa”.

Debo manifestarme ahora contra la práctica que consiste en situar en el mismo nivel las tendencias del psicoanálisis y determinadas teorías sociales. El mejor argumento a este respecto es que el grupo de sociólogos teóricos y de socialistas de tribuna que dirigen ataques violentos y no siempre honestos contra las teorías de Freud es precisamente aquel al que se nos asimilaba de costumbre. Resultaría sin duda interesante examinar de cerca los verdaderos motivos de tales ataques.

Eminentes pensadores, líderes de tendencias políticas fundadas en el materialismo histórico, comienzan a darse cuenta de todos los fracasos que hubieran podido evitar si no hubieran dado una base exclusivamente materialista a sus esfuerzos por conseguir el socialismo, y si hubieran tomado en consideración el universo psíquico de los hombres cuya suerte trataban de mejorar. Han llegado a descubrir que era erróneo descuidar el punto de vista psicológico y sobrestimar la importancia de los factores económicos. Ahora que cuentan con diferentes psicologías para reparar esta insuficiencia -podríamos decir que “tras la batalla”-, es de temer que demuestren, una vez más, la misma falta de información que, a pesar de sus eminentes cualidades en otros terrenos, parece caracterizarles en lo relativo a la psicología. En lugar de apoyarse en una psicología exenta de todo partidismo, cuya autenticidad está precisamente garantizada por su independencia respecto a cualquier tendencia, se inclinan por teorías psicológicas que les parecen apropiadas para justificar su táctica actual, la conquista del poder. Por otra parte pueden encontrarse algunos psicólogos que han utilizado el psicoanálisis para excluir o minimizar cualquier factor psíquico que no sea el deseo del poder, el egoísmo, mientras que el psicoanálisis auténtico atribuye a todos una importancia similar. Esta psicología ha tomado como testaferrero principal la expresión psíquica del otro gran instinto biológico, la sexualidad, que la ciencia de Freud no duda en considerar en su justo valor. Los partidarios de esta tendencia se esfuerzan infatigablemente en demostrar que la sexualidad no es más que una manifestación desviada del deseo de dominio, una especie de ficción, de “como sí” (*Als-ob*), cuya verdadera importancia es nula o despreciable.

Sólo el porvenir dirá si esta tendencia adleriana de “psicología individual” es la que ofrece las mejores perspectivas de solución para los problemas individuales y sociales, o si es el psicoanálisis de Freud. Recomendamos a los indecisos que lean la última obra de Freud, “Psicología de las masas y análisis del

Ego”, que les aportará la convicción de que todavía hoy la trayectoria clásica del maestro tiene más valor que los esfuerzos de originalidad de sus epígonos.

(Sándor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo III, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.